

# La presumida Ardilla Belinda



Luz Álvarez

# La presumida ardilla Belinda

Cuando empezaban las tardes frías del otoño, las dos hermanas, Sofía y Sabela, se pasaban horas y horas jugando en casa con sus adoradas muñecas: las vestían, las desnudaban, les cambiaban los trajes...

ahora uno de fiesta,

luego otro para ir al campo,

después unos pantalones cómodos para que sus queridas hijas saliesen a montar en bicicleta...

¡ah! y para cada una tenían sus correspondientes zapatitos o botas

y un montón de complementos y adornos: pequeños collares de cuentas de cristal, anillos dorados, pulseras de perlas, libros pequeñitos...

Ponían a sus muñecas en un pupitre y ellas, muy en su papel de maestras regañonas,

les enseñaban a leer, a escribir, a contar.

—“A ver si habéis hecho los deberes” — amenazaban a sus esforzadas alumnas mientras cogían, muy tiesas, sus cuadernos.

Cuando jugaban a médicas les recetaban unos jarabes oscuros y espesos, de sabor espantoso, que las enfermas rechazaban entre llantos y pataletas —“No, no quiero, sabe muy mal, ¡agua, mamá!” chillaban las muñecas desde sus camas del hospital.

Y cuando jugaban a ser sus madres las mecían con cariño entre sus brazos y les daban de comer unas riquísimas papillas hechas de arena y agua.

Guardaban todas estas cosas de sus muñecas en su cuarto, en una caja pintada de colores. Pero una tarde descubrieron —¡horror!— que un par de vestiditos habían desaparecido.

— ¡Los has perdido tú, eres una descuidada y nunca los recoges! —acusó la mayor de las hermanas.

— ¡No, no es cierto! —protestó la pequeña— ¡yo los dejo siempre bien guardados en su sitio!

Tras un rato de caras largas y frases cortas, a las niñas se les olvidó por qué se habían enfadado y retomaron sus juegos.

¡Ay!, pero al día siguiente, lo que había desaparecido

de la caja era ¡un collar de piedras azules, precioso, y la bolsa de ir a la playa!

Y al otro día, una cartera para el colegio, una bufanda y un par de guantes para el frío.

Y a la mañana siguiente...estalló la tormenta entre las hermanas:

— ¡Tú se lo habrás prestado a una de tus amigas para hacerte la simpática con ella! —era ahora el dedo índice de la pequeña el que se levantaba acusador contra su hermana Sabela — ¡y ahora ya no te acuerdas!

— ¿Será posible? ¡No!, ¿me oyes, Sofía? ¡No se los he dejado a nadie! Si los hubiese prestado, no tendría por qué negarlo.

La discusión iba subiendo de tono, cuando apareció la madre de las pequeñas.

— Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿qué os ha ocurrido para que riñáis así?

Las niñas, enfadadas,

hablando las dos a la vez,

quitándose una a otra la palabra, le contaron a su madre su disgusto por la inexplicable falta de aquellas prendas.

— Calma...un momento —pidió la madre ante los gestos enfurruñados y aquella avalancha de acusaciones mutuas — ¿No será que las habéis dejado por algún rincón y ahora no os acordáis dónde las habéis puesto?

— No mamá, siempre las guardamos en su caja antes de irnos a la cama.

— Bueno, pues no se, no encuentro explicación al caso. En fin — la mujer se quedó pensativa— ¿no podría ocurrir que hubiese alguien a quien también le gustasen todas esas ropitas y adornos tanto como a vosotras y las haya cogido sin vuestro permiso? —sugirió la mamá.

— Pero, ¿quién? —preguntó Sabela intrigada— ¿quién puede ser?

— No lo sabemos todavía, o quizás no sea esa la respuesta... pero por eso mismo, mirad a ver lo que se os ocurre para intentar averiguar qué está ocurriendo

Las dos chiquillas se sentaron juntas en el suelo de madera de su habitación, al lado de sus juguetes queridos y empezaron a imaginar...

dejando sueltos sus pensamientos

mientras giraban sus ojos alrededor intentando abarcar todo el cuarto con su mirada.

Mirando, mirando...

hasta en el rincón más escondido.

— Vaya, estas cosas que nos faltan...siempre se han esfumado por la noche, es al día siguiente cuando nota-

mos que ya no están guardadas en su caja —dedujo la más pequeña— así que podríamos vigilar cuando oscurezca, a ver si alguien se acerca por aquí —propuso la niña—

— ¡Sí, empecemos esta misma noche! —asintió su hermana.

— ¿Dónde podríamos escondernos?

Las dos muchachitas estaban entusiasmadas ¡qué emocionante era la tarea de vigilar y seguir la pista del posible ladronzuelo de sus juguetes!

Aquella noche se metieron las dos, entre risas y empujones, debajo de la cama.

— ¡Eh, no me empujes!

— ¡Pues déjame más sitio, que aquí yo no me puedo mover!

Desde aquel escondite, tapadas por los pliegues de la colcha, podían ver sin ser vistas, y esperaron...esperaron con gran paciencia y atención.

Pasó un rato,

nada,

otro rato,

nada, —su paciencia se agotaba—



otro rato más,  
nadie aparecía, —y el aburrimiento empezaba a cansarlas—

Estaban a punto de quedarse dormidas allí abajo, cuando, de repente, oyeron unos pasos muy rápidos y ligeros sobre el suelo de madera —tic—tic—tic—tic—tic—tic—tic— parecía el sonido de las manecillas de un reloj girando a toda velocidad.

—Chssss, chssss —las dos se taparon la boca mientras se daban codazos una a otra. Chssssss, ¡calla, calla!

Allí estaba, ante sus ojos, una preciosa ardilla de brillante pelaje color castaño rojizo que se movía con nerviosa agilidad por el cuarto. Observaba todo a su alrededor con gran cautela, para comprobar que no había peligro.

La vieron detenerse ante la caja de colores y revolver rápida y sigilosa entre los vestiditos de las muñecas hasta que, triunfante, lanzó un chillido de alegría — ¡iiiiiiiiiiiiiiiiii— y alzó de la caja un hermoso traje de seda tornasolada, que brillaba a la luz con reflejos color verde agua.

— ¡Pero...si es el que nos lo regaló el tío Juan la semana pasada! —susurró la hermana pequeña.

—Dejémosla que se lo lleve —dijo la mayor— La se-

guiremos a su madriguera. Vamos, corre hermana... que ya se marcha.

Salieron tras los pasos de la ardilla, que, arrastrando el vestido, cruzó ligera el jardín, se subió a un pino y desapareció por un agujero en el tronco del árbol, dejando tras de sí un resplandor verde—azulado.

— ¡Se lo ha llevado! ¡Era ella la que nos quitaba las cosas! ¿Por qué?

—No lo se, pero lo averiguaremos, hermanita. Ven. Volvamos a casa, tenemos que pensar en una trampa para esa pequeña ladronzuela.

Eran ya las doce de la noche cuando, esta vez escondidas detrás de la puerta, las niñas observaban el escenario que habían preparado con todo detalle: en un lado de la habitación pero bien visible, junto a dos o tres muñecas que se hacían las dormidas, se encontraba una bolsa muy inflada de tela brillante que ponía: *Vestidos joyas y artículos varios para muñecas.*

Al poco rato apareció la raterilla de la noche anterior que, embelesada por el inesperado hallazgo, se quedó allí contemplando la bolsa, olvidada toda precaución —“ ¡Ah, qué preciosidad!, ¡cuántas cosas bonitas debía contener aquel saquito!” —

Al ver a la ardilla tan absorta en sus fantasías, las dos niñas aprovecharon para salir corriendo hacia el pino.

—Le costará un rato sacar la bolsa de la casa, ¡vamos corre! —le dijo Sofía a Sabela—

Al llegar al escondite de la ardilla, las dos niñas se asomaron al agujero por donde habían visto entrar a aquella pillastre de cola roja y ¡cual no fue su sorpresa, al ver que allí, en su madriguera estaban, pulcramente colocados en perchas,

los trajecitos de sus muñecas,

sus sombreros y cinturones,

collares y pulseras...!

todo ello dispuesto alrededor de un gran espejo con un marco dorado brillante.

— ¡Son nuestras cosas! —exclamó una de las niñas.

— ¡Es una presumida! — dijo su hermana— por eso cogía esos juguetes, para vestirse y disfrazarse con ellos.

Sabiendo que la ardilla no tardaría en regresar, las dos niñas se apresuraron a recoger todas las prendas para llevárselas de vuelta a su casa y...

bueno...decidieron que le dejarían un vestido.

—Vamos a regalarle ése de color turquesa que le ha gustado tanto, ¿te parece?

—Y la gargantilla de piedras rojas como corales. Con eso será suficiente.

Cuando finalmente llegó a su madriguera, la ardilla, que se había cansado mucho arrastrando avariciosa su pesado botín,

se sentó,

resopló fatigada,

miró a su alrededor

y...se quedó perpleja, estupefacta, de piedra,

cuando vio que todos los vestidos y las demás cosas que tenía allí almacenadas, habían desaparecido — ¡oh, no! —

Llevada por un súbito impulso,

casi temblando por la ira y el desconcierto,

abrió la bolsa de tela brillante

y ...se puso a chillar enfadadísima, sintiéndose burlada: ¡la bolsa estaba llena de horribles trapos negros y viejos! ¡iiiiiiiiiiiiiiii! —chilló irridadísima, mostrando sus dientes apretados por la rabia que sentía.

— ¡Quién se ha atrevido a coger *mis* cosas? —gritaba como loca, corriendo de un lado a otro de su escondrijo—

De repente, en medio de una de sus furiosas carreras, algo llamó su atención y la ardilla se detuvo en seco. Muy intrigada y cautelosa caminó despacio hacia el rincón de donde procedía el suave brillo, para allí descubrir el resplandeciente vestidito verde — azulado junto con el collar de cuentas rojas.

Avergonzada,  
comprendió lo que había sucedido.

Al día siguiente, Sabela y Sofía recibieron una nota que decía así:

*Estimadas vecinas:*

*Quiero pedir os disculpas por mi comportamiento en el asunto de los vestidos de las muñecas. Aunque yo sólo quería jugar, disfrazarme, divertirme, nunca debí coger vuestras cosas sin permiso.*

*Hace tiempo que os veo jugar en el jardín y me gustaría que nos conociésemos mejor y, quizás, llegar a ser amigas algún día; yo podría enseñaros a trepar a los árboles, a buscar moras y deliciosas fresas salvajes en lugares del bosque que nadie conoce y otros muchos juegos divertidos que sabemos las ardillas.*

*Esperando noticias vuestras me despido afectuosamente.*

*La ardilla Belinda.*

Sí,

Claro que sí,

las niñas aceptaron gustosas tanto las disculpas de la ardilla como su ofrecimiento de amistad.

Y fue así cómo Sabela, Sofía y la ardilla llegaron a ser grandes amigas y a compartir juntas muchos juegos y travesuras.

